

XVIII

Como una inmensa mano de monótono silencio
entra la noche.

El azul, hondo hasta lo negro, es un estanque
donde irrumpen y se esconden y se asoman y se esfuman
vacantes

los recuerdos.

Ni una gota de esperanza queda en mi plumaje
aterido

de tanto golpe, tanta lluvia, tanto viento.

Mi cabeza se sumerge, mis patas
bajo el agua

impulsan aguas acaso condenadas al olvido.

Pero otra vez se yergue el cuello, y el aire, el aire
busca mis pulmones.

Y la mano y la noche y el silencio
se despliegan.

Con un lento ademán de sombras largas que se alejan
en el horizonte
albea.

XXI

Otra vez desde el alba
vengo
destronando espuelas,
libando cielo invicto,
hallando los caminos que anunciaban
le redención perfecta del silencio.
Ya el combate no es enigma:
todo luz, figura cotidiana,
enfrentamiento, mano, cruz,
desde el alba.
Como un dolor ajeno la esperanza,
victoria prometida, y el sondeo profundo
de la voz total del universo
me acompañan.
Y no recuerdo, no, el principio,
el horizonte que me trajo, que me envía
como un eterno mensajero a otro horizonte.
Sólo está la huella,
y esta gracia de los dioses
de cederme tanto aliento.

*O sapró finalmente che la morte
Regno non ha che sopra l'apparenza?
G. Ungaretti*

XXVII

Una mañana del tiempo vespertino
se desatará
cansadamente la cuerda que te ataba

a la bahía y partirás como una barca,
entre las olas plácidas,
con un amplio gozo de luna hacia el silencio.

Una suave brisa
norteña con sus manos
empujará suavemente tus dormidas velas blancas
sobre la superficie lenta
que lentamente hamacará tu figura evanescente
y flotarás como un solo cuerpo con la dicha,
que te invade, te convierte,
hacia el remoto aliento de tu origen,
y en las arenas blancas del sur ilimitado
renacerás
todo silencio
todo luz
eternidad.